



sobre el tema que trata, y que el cautiverio de Cervantes sólo ha sido tratado de manera fragmentaria (31), lo cierto es que lo han analizado autores como Américo Castro, Juan Bautista Avalle-Arce, Juan Goytisolo y Luis Rosales. Además, recientemente Sola y de la Peña han publicado un libro –*Cervantes y la Berbería*– que contiene casi todos los datos que reseña Garcés. En cuanto a la teoría del trauma, Enrique Fernández la ha utilizado en un artículo también reciente para aplicarla al análisis de *Los tratos de Argel*. Garcés habría conseguido despejar estas críticas si hubiera señalado concretamente cuáles son sus aportaciones con respecto a estos otros estudios.

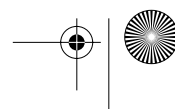
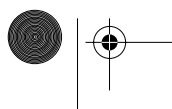
En todo caso, las posibles objeciones no oscurecen los grandes méritos del libro de Garcés: escribe con claridad y organización, y con una prosa agradable de leer. Asimismo, los capítulos que la autora dedica a retratar el cautiverio argelino están extraordinariamente documentados, y servirán eternamente como excelente obra de referencia sobre esta etapa de la vida de Cervantes. Al considerar el acercamiento psicoanalítico de la autora y a su análisis de los textos cervantinos, reiteramos que podrá resultar polémico, pero que recomendamos estudiarlo con mente abierta, como una muestra de ensayística creativa.

Antonio Sánchez Jiménez  
Universidad de Amsterdam

RICHARD, Nelly. *The Insubordination of Signs: Political Change, Cultural Transformation, and Poetics of the Crisis*. Trad. Alice A. Nelson y Silvia R. Tandeciarz. Durham/London: Duke University Press, 2004. 129 pp. (ISBN: 0-8223-3339-2)

El año 2006, enmarcado por dos eventos de suma importancia simbólica para Chile, fue un año propicio: Michelle Bachelet asumió el cargo de la presidencia en marzo y Augusto Pinochet falleció en diciembre. La llegada al poder de una mujer (socialista) y la muerte de uno de los dictadores más infames en la historia reciente de América Latina parecen señalar la continuación de una etapa prometedora en Chile y el fin de otro capítulo penoso, y no cabe duda que estos acontecimientos provocarán interés renovado en reevaluar la década perdida de Chile y la transición democrática en aquel país.

Para ayudarle a entender la magnitud de los eventos recientes en Chile, el público lector angloparlante ahora tiene a su alcance los textos esenciales de Nelly Richard, crítico cultural, fundadora y directora de *Revista de crítica cultural* (Santiago, Chile). Autora de unos de los estudios más agudos sobre la estética postmoderna en Latinoamérica, Richard no ha gozado de la misma fama en los foros anglófonos que otros críticos hispanos de su estatura (Néstor García Canclini, Beatriz Sarlo, y otros) precisamente porque su obra no se ha difundido extensamente en inglés. Aunque se han traducido y publicado unos cuantos ensayos, por la mayor parte su obra ha permanecido desconocida fuera del mundo académico hispanoha-



blante hasta hace poco. En 2004 Duke University Press publicó la traducción en inglés de *La insubordinación de los signos* (*Cambio político, transformaciones culturales y poéticas de la crisis*) (el original en español data de 1994). Durante el mismo año Duke también sacó la traducción de *Masculine/Feminine: Practices of Difference(s)* (1993), y Minnesota University Press editó *Cultural Residues: Chile in Transition* (1998). En su conjunto los tres libros analizan el proceso complejo a través del cual los diferentes sectores sociales de Chile negociaron las condiciones de vida durante la dictadura y los primeros años de la “Concertación”.

El trabajo de Richard siempre se ha preocupado por la relación entre la estética y la política, y en *The Insubordination of Signs* dirige la atención hacia la llamada *escena de avanzada*, el movimiento neo-vanguardista de los años 70 y 80 que, según la autora, preparó el terreno para la transición democrática en Chile de los años 90. Los neo-vanguardistas lo lograron por medio de la producción de un “arte refractario”, “un arte de la negación y la desviación” (5), que se negó a adherirse a la cultura de confrontación que caracterizaba el ámbito político de la dictadura (el *sí/ no*), prefiriendo en su lugar desafiar indirectamente el sistema con el manejo de símbolos que desarticulaban las ideologías hegemónicas de la izquierda y la derecha. De allí que el título *La insubordinación de los signos* sugiera que es la misión del arte vanguardista (en todos los casos, no sólo el chileno) desarmar los significados tradicionales por los cuales se mantiene el poder para reformularlos de modo que reflejen las realidades fragmentarias y no lineales de los diferentes sectores que componen el cuerpo político actual. Como Walter Benjamin, cuyas teorías enmarcan esta colección, Richard busca abrir un espacio para la participación democrática por medio de la estetización de la política, y espera que la comunicación entre la comunidad artística y la ciudadanía conduzca al desarrollo de una actitud crítica hacia dichos signos culturales.

El planteamiento de cuestiones palpitantes sobre la conexión entre la estética y la política hace que *The Insubordination of Signs* siga siendo hoy día tan vigente como en el año en el que fue publicado por primera vez, y el tipo de crítica cultural que practica Richard expone muchas paradojas de nuestra era actual. Por ejemplo, mientras pone como modelo los esfuerzos de la *avanzada* para conectar el arte con la vida y la política, también admite que sus iniciativas a menudo carecían de coherencia (75). Así la “poética del desarreglo” que habían concebido los artistas y los intelectuales neo-vanguardistas sólo cumplió parcialmente con los objetivos estéticos del movimiento. Aunque logró retar esa “representación monolítica del poder” adelantada por el régimen autoritario de Pinochet, su retórica intelectualista y sus métodos experimentales frecuentemente alteraron y confundieron su mensaje, lo cual hizo que el movimiento perdiera su fuerza una vez que la transición a la democracia estaba bien avanzada. Las reflexiones meditadas de Richard provocan preguntas esenciales sobre el papel de la vanguardia en la era posmoderna; a saber, ¿es posible en nuestra sociedad descentralizada, dominada por las leyes del mercado y los medios de comunicación de masas, crear mensajes matizados y coherentes que

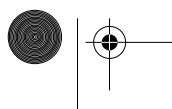


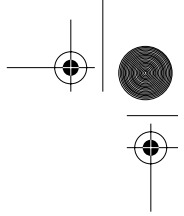
sean capaces de entablar comunicación entre grupos diversos? y ¿cuál es el papel de la vanguardia en la concepción y la difusión de estos mensajes?

Esta última pregunta conduce a uno de los comentarios más contundentes de *Insubordination*: el conflicto entre la nueva escena artística y las ciencias sociales alrededor de la función de la cultura en la democratización del país. Richard observa que la transición hacia la democracia en Chile ha favorecido una “institucionalización de la función intelectual” en la que las ciencias sociales, debido a su afán de “categorizar el desorden” por medio de comunicaciones racionales o supuestamente inequívocas, ahora ocupan un lugar privilegiado en el diálogo nacional sobre el pluralismo político. En su deseo de construir una democracia que sea transparente y libre de ambigüedades, el gobierno y las agencias internacionales han puesto toda su fe en la capacidad de las ciencias sociales para llegar a “consideraciones útiles” sobre el papel de la cultura, excluyendo a las artes, con su óptica refractaria, subjetiva y lúdica, de la toma de decisiones al nivel nacional (58-59). Richard mantiene que el sistema de representación cultural no es nunca “liso, homogéneo [ni] transparente” (como el gobierno quisiera), y que la vanguardia merece un papel más significativo en la conversación sobre la democratización cultural precisamente porque su propensión a negociar “las imprecisiones y las ambivalencias del sentido” ofrece una perspectiva que es tan válida como la científica (81). Además, es la posición de la autora que la aproximación únicamente práctica de las ciencias sociales se preocupa demasiado por el *acceso* de las masas al capital cultural mientras ignora la cuestión más importante de su *participación* en la producción de estos bienes (72). Richard renueva la llamada de Rodó y otros pensadores hispanos a finales del siglo XIX a la creación de una cultura estética que contrarreste la influencia totalizadora del mercado; en este sentido, su modo de practicar la crítica cultural arroja mucha luz sobre nuestra situación actual.

Alice Nelson y Silvia Tandeciarz han realizado una traducción de alta calidad en *The Insubordination of Signs* (también colaboraron para traducir *Masculine/ Feminine*). La versión en inglés no es solamente fiel al original, sino que representa una mejora para el público académico angloparlante, ya que contiene bibliografía e índice. En particular, las notas al final muestran la atención minuciosa de las traductoras. Sus adiciones a las notas finales aclaran el marco temporal del texto original y explican los términos específicos y el lenguaje característico de Richard. Esta atención erudita seguramente ayudará a que *Insubordination* incremente la lectura de Richard en los foros académicos y artísticos.

Sin embargo, la edición en inglés sufre de un defecto perceptible. Habiendo pasado diez años entre la publicación del libro en español y la versión en inglés, es necesario poner al día las reflexiones de la autora con respecto a los eventos que han sucedido durante el tiempo transcurrido. El producto final sería más sólido si contuviera o un prefacio más elaborado de la autora al comienzo del libro o un apéndice a la conversación que forma la última sección del libro. El prefacio de Richard que da inicio a *Insubordination* podría haber cumplido con la primera función, pero





es demasiado breve y no contribuye nada a mostrar la evolución de las ideas de la autora. La conversación entre Germán Bravo, Martín Hopenhayn, Nelly Richard y Adriana Valdés que concluye la colección resume adecuadamente las ideas expuestas en la edición de 1994, pero deja al lector con muchas preguntas sobre el estado de estos conflictos en Chile ahora. No obstante, y a pesar de estas imperfecciones, *The Insubordination of Signs* aporta mucho a la conversación en curso en Chile y alrededor del mundo sobre la relación compleja entre la estética y la política en nuestra era posmoderna.

Kelley Swarthout  
Middlebury College

